

Pregón de Navidad de 1994

Asociación Belenista Burgalesa

(Abilio de Gregorio)

Señoras y señores:

Con este pregón se pretende anunciar el comienzo de las fiestas de Navidad. Comienzan, un año más, las celebraciones conmemorativas del nacimiento de Nuestro Señor. Y un año más, con el advenimiento de estas fiestas, comienzan a aparecer los deseos de “una feliz Navidad”.

Sin embargo, desear una feliz Navidad es como desearnos ser felices unos días al año; es como reconocer nuestra propia impotencia o incapacidad para ser felices de forma más continuada e incluso permanente. Me parece cicatero, quizás raquítrico, mi sentimiento si me limito a desearles solamente felicidad para esta Navidad. Por eso permítaseme que les desee felicidad para todo el año, y que se la desee precisamente porque existe la Navidad, hasta el punto de que, creo firmemente que, si no existiera la Navidad en nuestras vidas tendríamos un poco más difícil poder ser felices.

Pero tengo un cierto temor de que las palabras más entrañables, cuando se usan demasiado y demasiado fácilmente, pierdan su profundidad. Por eso, hemos de interrogarnos: cuando nos deseamos feliz Navidad, ¿que nos deseamos?

Detengámonos en estos dos términos y en la espontánea relación de familiaridad que se establece entre ellos: felicidad y Navidad. Constatamos que, en los momentos en que deseamos ser más plenamente humanos para nosotros mismos o para los demás, surge inmediatamente ese íntimo deseo indefinible de felicidad con el que nos regalamos o regalamos a quienes apreciamos. Este es el caso de estas fechas. Parece como si al llegar estos días nos diéramos permiso a nosotros mismos para ser un poco más humanos, para dejar salir a la superficie de nuestros sentimientos aquello que más claramente nos constituye como personas. y al aflorar los aspectos más humanos de nuestra vida, espontáneamente surge conectado con ellos el deseo de felicidad.

¿Por qué? Porque la felicidad, en el fondo, es la tendencia propia, de la naturaleza humana en su estado más puro. Estamos constituidos así. Todos tendemos a la búsqueda de la felicidad. Todo lo que hacemos, consciente o inconscientemente, tiende a la búsqueda de la felicidad. Por eso, cuando decimos desear “lo mejor” para alguien a quien amamos, le deseamos la felicidad.

Pero, la felicidad ¿qué es? ¿De qué sutil materia está construida? ¿Dónde se encuentra? ¿Cuál es el camino donde se ha de producir el encuentro? ¿No será una suerte de trampa psicológica, un “imposible necesario”? ¿No será la felicidad una “pasión inútil” en nuestra vida? ¿Es posible realmente?

Creo firme y rotundamente que sí es posible, si somos capaces de entender lo que ella es y de pagar por ella el precio que pide.

Ser feliz es ser plenamente lo que se es, y cuando se está siendo plenamente lo que se es, cuando se es de acuerdo con el proyecto por el cual y para el cual se ha sido construido, entonces se “encuentra uno bien”, se está “realizando”, se encuentra en plenitud. Un violín, un Stradivarius, llega a su plenitud como violín, cuando está en las manos del virtuoso para transformar toda su estructura en armonía musical. Solamente sería feliz en las manos del

virtuoso, en las manos de aquel que le hace que sea lo que es cuando lo convierte en armonía. Cuando está siendo para lo que ha sido hecho. Si empleamos el violín para machacar clavos, decimos que el violín “sufre”. La partitura de música llega a su plenitud al convertirse en órdenes de ejecución musical. Es plenamente feliz cuando pasa a ser interpretada. Sería profundamente infeliz y desdichada, si tuviera sensibilidad, si la empleásemos para otra cosa, para envolver alimentos, por ejemplo. Las naves de una iglesia catedral se planifican cuando se llenan de ritos, de cantos, de presencias... Cuando las cosas no son empleadas para aquello para lo que son por su propia estructura y naturaleza, corren el riesgo de “sufrir” un deterioro y una ruptura.

Pues bien: cuando yo deseo para alguien felicidad, estoy deseando plenitud, que sea plenamente lo que es. Estoy deseando que desarrolle al máximo todas las dimensiones que lo constituyen como persona, encontrando respuesta adecuada a todos los anhelos, tendencias o necesidades que emergen de su condición de persona. Y ¿qué es aquello que me constituye y que constituye a los demás como personas? **El sentido**. Lo que diferencia al hombre de cualquier otro ser no personal es que el hombre es un buscador y constructor de significados. El animal, la planta, cualquier objeto, tiene un “*fatum*” o un destino. El hombre, no. Tiene que encontrar él el destino, un sentido a la vida. Cuando es su existencia la que no tiene ningún sentido, se deprime, se neurotiza. Como dice Irving Thompson, “*los seres humanos no son objetos que existen como las sillas o las mesas (...); si les llega a parecer que sus vidas están reducidas a la mera existencia de una silla o de una mesa, se suicidan*”.

Solamente cuando el hombre ha encontrado algo, un Bien suficientemente grande como para dar sentido a su vida, comienza a ser feliz. Cuando no percibe nada al alcance de sus anhelos o tendencias de sentido, se encuentra vacío: no contento (segundo participio del verbo contener...)

¿Dónde están ese tipo de bienes capaces de satisfacer la radical necesidad de sentido del hombre? Siempre “**más allá**” del propio hombre. Toda realidad adquiere sentido desde fuera de sí misma. Todo sentido es, por naturaleza, **trascendente**. El hombre no puede tener sentido si no hay nada más allá de él. Y cuando más se trasciende en busca de sentido; y cuanto más trascendente es el Bien que se adopta como objeto de sentido, más capacidad tendrá ese Bien de llenar la aspiración, más “lleno”, más “contento” más feliz será. Y el acto de salir de sí mismo para trascender es siempre acto de **amor** (el hombre está hecho para amar), porque el amor no es posesión, sino entrega. He aquí por qué decía kierkegaard que “*la puerta de la felicidad se abre siempre hacia afuera...*”

Mi deseo, pues, de felicidad, se identifica ahora con mi deseo de que seamos capaces de amar. Es importante sentirse amado para ser felices, pero no es suficiente. Solamente cuando se tiene a alguien a quien amar, se puede empezar a ser felices de verdad. Y cuando ese Alguien a quien amar es Dios, amar es **adorar**.

¿Qué papel desempeña en este proceso la Navidad? yo me atrevería a decir que, si no hay Navidad, en el auténtico sentido de la expresión, toda búsqueda de la felicidad termina en una quimera. Termina en la desesperanza y en el pesimismo.

¿Qué significa la Navidad? Significa que Dios entra en la historia del hombre. **Dios entra en mi historia**. Ya no como una idea, o como una voz que habla en sueños, o como una inspiración. Entra en carne y hueso. Primero hace al hombre a su imagen y semejanza. Ahora, en el colmo del amor, se hace a imagen y semejanza del hombre. Más: se hace hombre... Y entra en la historia del hombre porque lo ama. No era suficiente amarlo. Era preciso que el hombre se sintiera amado. Y el hombre se siente amado cuando se siente atendido (Él piensa en mí);

cuando se siente comprendido (Él se pone en mi situación); cuando se siente aceptado (Él viene a mí); cuando se siente valorado (por eso yo debo valer mucho...). A partir de ese momento mi historia, mi existencia, tiene sentido, toma un nuevo sentido porque Dios está aquí.

Véase entonces qué significado adquiere la Navidad ante el deseo irrenunciable de felicidad. Dios nace y se hace presente en la historia del hombre. Y el hacerse presente le da sentido. Y tiene sentido porque ha sido “pensado” por Dios. Yo soy un “pensamiento” de Dios. Mi vida, mi existencia, puede ser feliz (la felicidad es posible), porque tiene sentido. La Navidad es, pues, la constatación de que podemos ser felices, porque, si queremos, nuestra vida ya no está aquí en vano.

Por el contrario, si no hay Navidad, el hombre es una pura nada a la intemperie; el hombre es un puro absurdo un puro disparate. “*No hay naturaleza humana* -decía con tristeza Sartre- *porque no hay Dios que lo conciba*”. Y parafraseando a Dostoievski, terminaba diciendo: “*En efecto; todo está permitido si Dios no existe y, por consiguiente, el hombre está solo y abandonado, puesto que no encuentra ni en sí ni fuera de sí una posibilidad a qué agarrarse*”.

He aquí el drama de una sociedad y de un pueblo que ha cerrado su corazón al anuncio del Ángel (el primer pregón de la Navidad): “*Se les presentó un Ángel del señor y la gloria del señor los envolvió con su luz, quedando ellos sobrecogidos de gran temor. Díjoles el Ángel, no temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías Señor, en la ciudad de David. Esto tendréis por señal: encontraréis un Niño envuelto en pañales. Y reclinado en el pesebre. Al instante se juntó con el Ángel una multitud del ejército celestial que alababa a Dios diciendo: Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.*”

A nuestro mundo le ha parecido muy poco la señal de un Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre, y volviendo las espaldas al Ángel anunciador del nacimiento de Dios, ha preferido abrir sus oídos al profeta que se los halagaba. En la resaca de la borrachera de cientificismo, de positivismo, de pragmatismo y de experimentalismo ha preferido la voz de Zaratustra de Nietzsche. Éste no anuncia el nacimiento de Dios, sino su muerte. Pero con la muerte de Dios no hay esperanza para el hombre, no hay sentido, no hay posibilidad de felicidad. “*Yo os muestro el superhombre. El hombre es algo que debe ser superado... En otro tiempo, la blasfemia hacia Dios era la mayor de las blasfemias; pero Dios ha muerto y con él sus blasfemadores. Lo que hay ahora de más terrible es blasfemar de la tierra*”.

Y si al desaparecer Dios de nuestra historia, mi existencia individual carece de sentido, con más motivo perderá el significado la existencia de quienes me rodean. No cabe amar al otro: para el superhombre eso sería un signo de debilidad: *¿Quiere decir que os aconseje el amor al prójimo?* -sigue diciendo Zaratustra- *Más bien os aconsejaría la huida del prójimo y el amor del futuro... Por encima del amor al hombre yo coloco el amor por las cosas y por los fantasmas...*”

Puede parecer cruel reseñar estas citas en el pórtico de la Navidad. Sin embargo es preciso recordar que lo peor de los procesos de secularización de una sociedad no es el olvido de lo sagrado, sino la profanación de lo sagrado: sacar lo sagrado fuera del “fanum”, del templo, para frivolar con ello y trivializarlo. La Navidad, que nace como celebración de la entrada de Dios en la historia del hombre, pudiera terminar siendo la exaltación del superhombre y, por lo tanto, la exaltación del amor a las cosas y a los fantasmas. Por eso es tan importante que Asociaciones como esta sigan empeñadas en mantener las señas de identidad de la auténtica Navidad. No se trata solamente de mantener las tradiciones. Se trata de mantener en una

sociedad secularizada indicadores de lo sagrado. Ello es una buena causa en defensa de nuestra condición de seres humanos.

Quisiera, para terminar, hacer una referencia -bien que sea de paso- a esta Navidad de 1994: La Navidad del Año Internacional de la Familia. Hemos hablado durante todo el año de las funciones esenciales de la familia en el mundo actual. Cuando se me ha dado oportunidad, he insistido en la necesidad de cultivar la función de personalización, la función de comunicación y la función de valoración. Esto se resume en una sola expresión: la función de hacer felices a los hijos y a todos los miembros del grupo humano familiar. Ello sólo es posible si se les enseña a trascender: si se les enseña a amar. Si la familia es familia, si cumple con la imagen desde la que ha sido construida. Si vive en estado permanente de Navidad.

Por eso, Navidad, sí, pero Navidad en familia. Felices, pero a ser posible, felices en familia. ¿Por qué? Porque cuando Dios quiso hacer algo muy semejante a Sí mismo, no pensó en hacer al hombre ni pensó en hacer a la mujer. Dios hizo la familia. ¿Por qué? Porque si Dios es amor, no podía encontrar una imagen más perfecta de la expresión del amor que a través de la familia. Y en tanto que la familia vive intensamente la unidad, el amor, ya es, de alguna manera, una imagen de Dios. Cuando no existe esta unión, esta intensidad de amor en la familia, difícilmente se puede llegar a ser felices a pesar de la abundancia de “cosas y de fantasmas”.

Seamos, pues, felices todo el año, sencillamente porque existe la Navidad. Y que nuestra alegría no se nos quede en la periferia del jolgorio o de la euforia. La felicidad tiene su negación en el vacío. Y los contenedores, cuando están vacíos, suelen hacer mucho más ruido que cuando están llenos, en plenitud. Tal vez la conversión de la Navidad en ruido no sea sino un indicador de vacío.

Navidad con Niño. Navidad con Dios. ¡Que seamos felices todos y que sepamos contagiar nuestra felicidad!